

Celebrating Life in Communion with Christ

“Dazzling!”



When was the last time you were dazzled by something or someone? Is it really that long ago? When something is dazzling, it commands our attention, causes us to freeze in wonder and absorbs our entire being. Dazzling is more than amazing; it makes the soul leave the body in ecstasy and return again.

Remember when you were a child and the whole world dazzled you? When we are young enough, every day, at almost every turn, something dazzled us and we were mesmerized by the wonders of this world. In high school, we became jaded and complacent and refuse to be dazzled by anything. Parents of young children are dazzled by every gurgle from their baby. But we soon lose that feeling as we struggle to “raise” our children. Only grandparents have the luxury of once again being dazzled by the lives of their grandchildren even as they dazzle the children with stories of “long ago.” Personally, life is more fun when it’s dazzling than when we can explain everything.

If you can remember the feeling of being dazzled, then just maybe you can understand what happened to the Apostles when they went up Mt. Tabor and saw Jesus’ clothes turn “dazzling white.” These adult men were once again stunned speechless by the mere look of Jesus—not his words, not his works, just his being dazzled them!

I remember being dazzled the first time I saw a tap dancer, amazed at how he could move his feet so swiftly! I was dazzled by how my sister could remember tongue twisting puzzles. I was dazzled by my first circus. Most of all, I was dazzled when I first remember the priest holding up the host at Mass and turning ordinary bread into the Body of Christ! Since then, all these things are cherished memories, but only one of them continues to dazzle me: the Body of Christ.

Every time I hold up the host or the chalice and say the words of consecration, I am dazzled by the gift that has been entrusted to me. Every time, I hold up the Host before Communion and invite you to behold the Lamb of God, I am dazzled by the Love which I hold and share with you. Every time I consume the Sacred Body and Blood of the Lord, I am dazzled to be so forgiven and so loved while I am still so unworthy.

My hope is that the Gospel of the Transfiguration is not just a “nice story about Jesus” that we hear twice a year. I hope it reminds you that faith can indeed be dazzling even when the world seems tired and dreary. I hope today’s Gospel causes you to realize that you are loved far more than you can imagine by someone who is far greater than you can imagine. And I hope that as you realize how much God loves you, your eyes will begin to twinkle in that same dazzling way they twinkled the first time you were dazzled.

Rejoice in Christ,

Fr. Nick

Celebrando la Vida en Comunión con Cristo

“¡Maravillado!”

¿Cuándo fue la última vez que se sintió maravillado por algo o por alguien? En verdad hace tanto tiempo? Algo maravilloso nos llama la atención, nos paraliza de asombro y absorbe todo nuestro ser. Maravillarse es más que asombrarse; hace al alma salir del cuerpo y regresar de nuevo.

Recuerda cuando era niño y todo el mundo le maravillaba? Cuando fuimos jóvenes, cada día, casi en cada vuelta algo nos maravillaba y nos hipnotizaba la belleza del mundo. En la escuela superior quedábamos repletos y satisfechos que ya no nos maravillamos por cualquier cosa. Los padres de niños se maravillan de cualquier gracia del bebe. Pero pronto perdemos el sentimiento en nuestra lucha por criar a nuestros niños. Solamente los abuelos tienen el lujo una vez más de maravillarse por la vida de sus nietos tal como maravillaban a los niños con historias del “tiempo pasado”. Personalmente, la vida es más alegre cuando es maravillosa que cuando podemos explicar todo.

Si puede recordar el sentimiento que le maravilló, entonces puede comprender lo que pasó a los Apóstoles cuando subieron al Monte Tabor y vieron el vestido de Jesús cambiarse en un “blanco deslumbrante.” Estos hombres adultos quedaron paralizados sin habla al ver la figura de Jesús, no sus palabras ni sus obras, solo su figura los maravilló.

Recuerdo haberme maravillado la primera vez que ví un bailarín, asombrado de ver como movía los pies tan rápido. Yo me maravillaba con mi hermana al ver como podía recordar los trabalenguas. Me maravillé la primera vez que fui a un circo. Más que todo, me maravillé cuando vi por primera vez al Sacerdote elevando la Hostia en la Misa y convertir el pan en el Cuerpo de Cristo! Desde entonces, estas son memorias estimadas, pero una de ellas continua maravillándome: el Cuerpo de Cristo. Cada vez que elevo la Hostia o el Cáliz y digo las palabras de consagración, me maravillo por el regalo que se me ha confiado. Cada vez que elevo la Hostia antes de Comunión y les invito a ver el Cordero de Dios me maravillo por el amor que sostengo y comparto con Ustedes. Cada vez que consumo el Sagrado cuerpo y Sangre del Señor, me maravillo por haber sido perdonado y tan amado sin merecerlo.

Mi esperanza es que el Evangelio de la Transfiguración no sea solamente una “historia bonita de Jesús” que podemos oír dos veces al año. Espero que le recuerde que la fe puede ser en verdad maravillosa aun cuando el mundo parece cansado y triste. Espero que el Evangelio de hoy les mueva a realizarse que es más amado del que se imagina, por alguien quien es más grande de lo que puede imaginar. Y espero que al darse cuenta que Dios los ama, sus ojos empezarán a brillar de la misma manera que brillaron la primera vez que se maravillaron.

Regocijémonos en Cristo,

Padre Nicolás

